



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 5 de Marzo de 1937

Núm. 903

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

— 000 —

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

Una Patria -- Un Estado -- Un Caudillo
Una Patria: España -- Un Caudillo: Franco

Al escuchar los relatos de los gigantes del heroísmo, del saber o de la santidad, nos llenamos de asombro y admiración y nos vemos arrastrados en su seguimiento. La humanidad se nos presenta digna, grande y amable.

Hay hechos vergonzosos y degradantes. Son los malhechores los que los cometen. Incendiarlos, ladrones, criminales, deshonestos, traidores, blasfemos, impíos, mentirosos... con su vida se deshonran a sí mismos y manchan la historia.

¡Qué mezcla tan heterogénea y absurda de bien y de mal, de virtud y pecado!

¿Por qué no hay sólo bien? ¿Por qué no hay sólo santos que perfumen y embellezcan el mundo?

¿Por qué tanto mal? ¿Por qué los pecadores?

Pero ¿es que los pecadores son sólo los demás? ¿No somos también nosotros? ¿No nos remuerde la conciencia?

Hemos pecado; somos pecadores.

Será muy vergonzoso, pero es cierto.

Será degradante, pero cierto, hemos pecado.

Y nosotros, que sabemos la ignominia del pecado, sabemos también la repugnancia que nos hemos dado a nosotros mismos; comprendemos, vemos claro la confusión que sentimos ante Dios...

El pecador no merece premio, sino castigo.

Hay en el alma recta un atractivo del sufrimiento, un refinado placer de

padecer. Lo merecemos, justo es el castigo.

Pero Dios es Padre y ni aun entonces nos abandona. Es el Pastor que busca a la oveja descarriada. Dios da al castigo virtud expiatoria. No es sólo el castigo, es la rehabilitación.

El pecador *paga* su crimen y queda justificado. ¡Qué benignidad la de Dios! Otra vez nos levanta del cieno, nos limpia y nos eleva hasta El haciéndonos de nuevo hijos suyos. Ya no me acordaré de vuestras maldades, nos dice. Me lavarás, dice David, y quedaré más blanco que la nieve.

Ley misteriosa, la de la expiación: ley terrible, pero ley infinitamente amable. Es el camino de Dios.

Dios ha hecho más. Ha enviado a su Hijo para ser la Víctima expiatoria de la Humanidad. Y la Humanidad ha quedado regenerada y divinizada. Los santos han comprendido bien el valor expiatorio de la penitencia.

San Agustín exclamaba: "Señor, quemame aquí, corta aquí, no me perdones aquí para que me perdones eternamente."

Valor de las enfermedades, de la pobreza, del frío, del calor, del trabajo, de la fatiga, del desamparo, de la ingratitud, del odio...

Valor expiatorio de los incendios, de las explosiones, de las heridas, de la muerte, de la guerra...

Valor de la sangre inocente, de las vírgenes, de los mártires...

¡¡ Señor, perdónanos!!!

TOMÁS

La Expiación

La vida humana es un tejido misterioso de hechos los más complejos y contradictorios.

Hay hechos gloriosos que llenan de honor y grandeza a los hombres y a sus pueblos.

Son los maestros, los sabios, los legisladores, los gobernantes, los artífices, los agricultores, los guerreros, los bienhechores... los santos, los que han realizado esos hechos buenos.

Cuando leemos sus vidas consagradas al bien de sus prójimos, en la abnegación callada y perseverante, nos sentimos animados hacia el bien, y nuestras fuerzas cobran nuevos bríos.

DIPTICO

JESUS EN LA CRUZ

I

Oyóse un fuerte grito ronco y fiero. El judío feroz y sanguinario escaló las alturas del Calvario sediento de la sangre del Cordero.

Allí, en el odiosísimo madero de la Cruz le clavó y un vil sicario abrió con una lanza temerario aquel pecho de amor rico venero.

De infernal alegría poseídos blasfemias vomitaban los judíos al ver que ya Jesús pronto espiraba.

Y el fariseo infame más le hería con su baba asquerosa y lengua impía cuanto más cerca de la muerte estaba.

II

Entretanto Jesús, dulce y clemente, doblando su cabeza dolorida pide al padre que, tierno e indulgente, perdona a aquella gente deícida.

Ve a su Madre que llora amargamente a sus pies de dolor fiero transida y en nuevo impulso de su amor ardiente por Madre nos la deja en esta vida.

La soledad aumenta su amargura, una sed insaciable le tortura, abre a un ladrón las puertas eternas...

Expira... El universo se estremece, del sol la viva lumbre palidece y despliega la noche sus cendales.

EL DUENDE AZUL



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—¡Señor...!

—Pero qué es eso, tanto alboroto? —Quiá e ser, que está to lleno e gente y tol mundo quié entrar. Y'hace más de media hora que los estoy con-tuviendo y me veo negro.

—¿Y para eso hacen falta esos gritos y esas palabrotas?

—No sabusté lo que son. Esta gentuza es to lo pior que s'ha escapau de to los pueblos. No se pué con ellos.

—No te consiento que hables así. ¡Pobres gentes! Han escapado a la muerte, se han quedado sin casa y sin nada. Les hemos de compadecer y acoger con el mayor cariño.

—Si hubiá estau usted afuera no hablaría así; no se pué con ellos. M'hi tenido que poner tieso y aun así me se subían a las barbas.

—Diles que se pongan por orden y que entre uno.

—Eso mesmo icía yo, pero s'empeñan en entrar tos a la vez.

—¿Son de un pueblo todos?

—Quiá si son de los quintos infernos. Cualquiá sabe de ande son.

—Ponlos en orden y que entren con respeto.

—Ir pasando, pero con respeto; al que no calle le rompo un güeso.

—¡Macario! ¡mira cómo hablas!

Colocaos como podáis, sois muchos y no hay asiento para todos. No os atropelléis ni riñáis: los que no tengan asiento que se sienten en el suelo

—Una.—¡No empentes!

—Otra.—Yo no t'empento, es esta otra.

—Una.—Esta lagañosa, qui ha llegau después, que yo y s'ha metido alante.

—¡Bueno! ¡Basta! Habéis de estar todos quiétos. Y ahora sepamos, qué os trae aquí.

—Sabusté, que nosotros somos de Matabaja...

—Y nusotros de Villavieja del Monte...

—Y nusotros de Montefrío...

—¡Bien...! Basta... que hable uno sólo. ¿Qué queréis?

—Que hable la Gacinta, la Pita.

—Que hable el tío Curro, que tié más labia.

—Vamos, uno u otro, el que seá.

—Pues que lemos El Eco... y dende que nos himos ido del pueblo, porque ya sabusté, qui han entrau los rojos y han quemau la ilesia y to los tarros de la ilesia los sacaron a la plaza y los quemaron. ¡Una Virgen de los Dolores tan hermosa...! y nos l'han robau todo. Y gracias qu'himos podido escapar con el pellejo. Son mu malos. Han matau a muchos. Son unos demonios, que no se lo pensaba naide... Y dende qu'himos venido lemos El Macario, que nos lo deja mi cuñada, que vive aquí, qu'está casada con un barbero. Y lo himos sentido que ahura no sale más que una vez al mes y lo echamos mucho en falta. Y como ya estamos en la Cuaresma nos himos acordau de que to los años nos contaba usted un cuento de los golondrinos...

—¡Sí, sí...! que nos cuente el cuento de los golondrinos...!

—¡Que nos lo cuente...!

—¡Que sea bien majo...!

—¡Silencio...! Ya veo que os acordáis del tiempo en que estamos y supongo que no será sólo para el cuento. Es tiempo de oración y penitencia, y esos horrores que han pasado en vuestros pueblos y están aún pasando en tantos otros nos obligan a llevar una vida de verdadera penitencia y de oración, una vida santa para obtener de Dios el perdón de nuestros pecados y que nos conceda pronto la paz. Una paz grande, para todos, y una paz ya definitiva.

—Nusotros vamos to los días al rosario de la aurora y al Pilar...

—Y nusotras comulgamos to los días...

—Yo hago el via-crucis...

—Y a los sermones de Cuaresma, tanta cosa güena como hay en Zaragoza...

—Y ahura que nos cuente el cuento de los golondrinos.

—¡Que lo cuente...!

—Estad, pues, bien atentos.

—Pues, señor...

Bien sabéis que, aunque los animales no tienen inteligencia como nosotros, Dios les ha dotado de un instinto maravilloso que suple su falta de conocimiento y que nos llena de asombro.

Muchas aves emigran de un país a otro, buscando un clima benigno. Para el invierno se van a África y a la primavera vuelven a nuestras tierras, alegrándolo todo con sus cantos y con la gracia de sus vuelos.

El Alto Mando de los golondrinos concentró sus huestes, como siempre, en los lagos africanos y en las fuentes del Nilo. Inspeccionaron bien a su gente, se elevaron muy alto, hicieron unos giros maravillosos para alinearse bien y orientarse, y, como una flecha, se lanzaron el ala izquierda a través del Sahara y la Libia, a las costas del Mediterráneo, alcanzando la Roma Imperial y los países bárbaros de Germania. El ala derecha, ha-

cia el Líbano, Siria, Cilicia, Paflage-
nia y el Ponto Euxino.

Pero ocurrió una cosa inesperada.
Las golondrinas de Siria no llegaban
y hacía ya días que estaban en su
residencia veraniega las de los demás
países.

¿Qué había pasado? Los golondri-
nos de Asia Menor se alarmaron y
enviaron correos rápidos a informar-
se, pero a pesar de ser los más ágiles
y experimentados no habían vuelto.
No había ocurrido nunca cosa seme-
jante. Inmediatamente se dispuso sa-
liese para Palestina un grupo de go-
londrinos los más resistentes para el
vuelo. Irían bien altos y con centi-
nelas de acecho de avanzada y por los
lados, y avanzarían con gran precau-
ción y en silencio absoluto.

Al poco rato los golondrinos de la
avanzada denunciaron grandes concen-
traciones de hombres en Jerusalén
y vinieron a dar la noticia alarmados.
El Jefe, muy conocedor del terreno,
se sonrió y dijo: Es que celebran la
Pascua.

Efectivamente, Jerusalén estaba
atestado de gente de todos los países
con los trajes pintorescos más varia-
dos. Llenaban los alrededores y los
pueblecillos vecinos. Desde aquella al-
tura parecía Israel acampado en el de-
sierto. Hombres, mujeres, niños, ca-
mellos, asnos... alrededor de las tien-
das levantadas en las laderas de los
montes, en los campos, en todas par-
tes; y por todas partes también reba-
ños de corderos que pronto se habían
de inmolar para la gran fiesta nacio-
nal. Era una vista fantástica. Y en
la cumbre del Moría, el Templo de
mármol blanco erizado de agujas de
oro que parecían destellos de fuego
heridas por el sol. ¿Qué espectáculo
tan grandioso! Ya podían estar or-
gullosos los judíos. Se les veía llenos
de entusiasmo religioso y patriótico.
Pero este año parecían dominados por
una honda preocupación.

Los golondrinos al llegar a Jeru-
salén vieron también grandes concen-
traciones de golondrinos y golondri-
ras, de gorriones, vencejos... de toda
clase de pájaros.

¿Qué pasaba?

Dieron unas vueltas por el aire y
se dirigieron a un palacio en donde
estaban instalados muchos golondri-
nos.

—¿Qué ocurre?—preguntaron al
llegar, sin saludar siquiera.

—No lo sabemos, pero desde luego
algo muy grave.

—Podéis hablar sin miedo, pues
nuestro lenguaje no lo entienden los
hombres, que se creen saberlo todo.

—Que han cogido preso a Jesús
de Nazaret, dijo el jefe local de los
golondrinos.

Los recién llegados lanzaron un
chillido de espanto y de horror que
alarmó al vecindario.

—¿Cómo es posible?—decían unos.

—¡Infames hombres!—decían otros.

—¡Tan bueno como es Jesús! A
nosotros nos daba miguitas de pan,

dijo un gorrion; nos quiere mucho.

—Jesús nos quiere a todos, replicó
una golondrina. ¡Con qué amor ha-
bla de nosotros a los hombres!

—No nos ha castigado al trabajo,
como al hombre.

—Tampoco hemos pecado, como el
hombre.

—Parece mentira que Jesús quiera
tanto a los hombres.

—Y tan malos como son. Son nues-
tros peores enemigos. Nos tiran fle-
chas, nos ponen redes y trampas para
cazarnos y hasta los chicos nos arro-
jan piedras. Son muy malos.

—Pues si hubierais visto anoche,
dijo un gorrion. Desde nuestro nido
vimos por la ventana, en casa de
Juan Marcos, a Jesús con sus após-
toles. Estaba triste, daba pena. Cele-
bró la Pascua y después tomó pan,
miró al cielo, lo herdijo y lo dió a
los apóstoles; y luego hizo lo mismo
con el vino. No sé lo que daba verlo;
estaba transfigurado con una belleza
y alegría celestial. Los apóstoles es-
taban también cambiados. No he vi-
sto jamás cosa igual, yo que vuelo
siempre por el cielo. Luego se fué al
huerto como de costumbre a orar y al
poco rato ya lo traían preso las turbas

—¿Cómo es posible? ¡Qué mon-
struosidad!

—Ahora están en el Pretorio y quie-
ren condenarlo a muerte.

—¡No puede ser!, contestó un men-
sajero.

De pronto lanzaron un grito, como
un halarido, todos los pájaros. Por la
otra punta de la calle venía Jesús con
la cruz auestas. ¿Qué cambio! Todo
llagado, sucio, agotado, inspiraba
una compasión infinita. De buena ga-
na le hubieran quitado la cruz, pero
no podían. ¡Si fueran hombres...!
¿cómo irían a quitársela y a defen-
derle! ¡Malvados hombres! Lo vieron
pasar por toda la calle de la Amar-
gura entre insultos y vejaciones que
destrozaban el corazón y salió de Je-
rusalén. Todos los pájaros formaron
escorta sobre Jesús en la altura y le
siguieron hasta el Calvario. Estaban
horrorizados y asombrados. ¿Por qué
Jesús no aplastaba a los hombres, que
tanto lo merecían? ¿Por qué se deja-
ba quitar las vestiduras? Los pájaros
estaban deshechos de pena. Lo vieron
crucificar y levantar por fin la cruz.

Allí estaban su Madre Santísima y
sus fieles amigas con San Juan. Y
cerca, la guardia pretoriana con el
centurión. Entonces, se empezó a os-
curecer el sol y la luna y las estrellas;
las tinieblas eran densas, cerca de las
tres no se veía nada. Aquello era es-
pantoso; a todos se les erizaron las
plumas y temblaban de miedo. De
pronto la tierra comenzó a estremec-
erse como espantada, crujieron las
rocas, chocaban las piedras unas con
otras, rugía el terremoto... Se oyó la
voz de Jesús que gritaba: "¡Padre,
perdónalos, que no saben lo que ha-
cen!" "Padre, en tus manos entrego
mi espíritu". Y doblando la cabeza,
murió.

...

Las aves huyeron horrorizadas, alo-
cadas, a refugiarse en sus nidos; mu-
chas golondrinas cayeron a tierra des-
vanecidas; se deshacía el universo y
esperaban la muerte.

Pasaron unas horas y un golondri-
no volvió en sí, aún vivía; estiró la
cabeza lleno de miedo y vió a los go-
londrinos y golondrinas tendidos por
el suelo, y sintió vergüenza de vivir
después de la catástrofe; aún rugía
la tierra...; unos hombres bajaron
llorosos a Jesús de la cruz y lo lle-
varon al sepulcro y lo cubrieron con
una gran piedra. Sintió que se le
apretaba el corazón y tuvo ganas
de morir. ¿Podía continuar el mundo
sin Jesús? Y si continuaba ¿qué se-
ría aquel mundo de facinerosos deici-
das? De nuevo sintió envidia a los
muertos; la noche llegaba, se le fué
la luz de los ojos, se estremeció li-
geramente y perdió el sentido...

...

Una ráfaga de aire suave acarició
el Calvario y lamió las laderas y el
Huerto y la Ciudad Santa. Los paja-
rillos abrieron los ojos y se sintieron
penetrados de una vida renovada y
contemplaron un cielo de belleza des-
conocida deslumbrante de luz. Jesús
estaba en el Huerto, había resucitado
y le saludaron con gritos delirantes
de alegría. No podían sospechar. Je-
sús era el Amo de la vida. Toda la
naturaleza había llorado su muerte y
toda ella saltaba de gozo y de vida.
Se abrieron los sepulcros y resucita-
ron los muertos; las flores, el verdor
de los campos y los montes aparecían
de una suavidad y encanto sorpren-
dente; el sol resucitado brillaba con
locura y el aire mismo llevaba algo
más que el perfume de los naranjos
y limoneros en flor, algo más que el
bálsamo y la mirra de aquellos montes
privilegiados; penetraba hasta el alma
llenándola de serenidad repara-
dora y de ansias de pureza y de eter-
nidad.

—¡Ah...!!

—¿Ya s'ha acabau?

—¿Y qu'hicieron dempués los go-
londrinos?

—Basta, hijos míos; sed muy bue-
nos; agradezcamos mucho al Señor
que ha muerto para darnos la vida.

EL MAGO

ECOS DEL SAGRARIO

La he visto descender a todas las
miserias de la vida con una fe extra-
ordinaria.

La he visto a dos pasos de la muer-
te y sonreía.

La he visto perder uno a uno todos
los seres queridos, padre, madre,
hermanas, y abrazada con el cruci-
fijo que presidía su pequeño gabinete,
aunque deshecha en lágrimas, sonreía.

La he visto sumida en la miseria
más espantosa.

Cuando alguien me ha preguntado
la razón de su fe extraordinaria, sólo
cuatro palabras me han bastado para
explicar el misterio: *comulga todos
los días.* M. DE STA. CATALINA

Una mirada a la Tierra

Los Tesoros del Mundo

Hemos contemplado al bajar a la Tierra, el aire y el agua. Antes de detener nuestra mirada en uno cualquiera de los infinitos seres con que tropieza la vista, vamos a dar una ojeada rápida al conjunto, como quien recorre un museo lleno de maravillas, para luego ir admirando una a una a su placer.

Entre los varios aspectos que observamos en el mundo, es patente la riqueza. Pero una riqueza desbordante, de una prodigalidad asombrosa, como si una mano omnipotente la hubiera derramado sin tasa, dilapidándola en un derroche loco.

Id recorriendo todos los países, visitad las arcas donde encierran sus tesoros todos los bancos del mundo; allí están concentradas las riquezas que constituyen la sangre que circula y da vida a la economía toda del país. Oro en barras, lingotes y monedas; plata y billetes en cantidades fabulosas, como nunca pudieron sospechar nuestros antepasados. Todo ha salido de las entrañas de la Tierra.

Recorred todas casas y contemplad todas las alhajas, objetos de arte, arañas, candelabros, estatuas, cadenas, collares... ¿quién puede calcular tanto tesoro?

Visitad los templos de todas las religiones y veréis acumuladas riquezas incalculables en vasos sagrados, candelabros, lámparas, estatuas, ídolos... Todo ha salido de la Tierra.

Entrad con sigilo en el tesoro de los reyezuelos y tiranos de Asia y de África; contad, si podéis, aquellos montones de pedrería fascinadora. Brillantes, esmeraldas, topacios, perlas de un grandor extraordinario... en cantidades que sobrecogen como si fuera un sueño de hadas. También han salido de la Tierra.

Cavad en las antiguas ruinas de ciudades y pueblos desaparecidos; allí hallaréis tesoros sin cuento que fueron arrancados a la Tierra.

Bajad a los abismos del mar y podréis contemplar con pena restos de navíos de todas las épocas que transportaban los tesoros de una nación, el botín guerrero, el fruto de la rapiña de aventureros o la ganancia de mercaderes lejanos. Todo había sido extraído de la Tierra.

Y cuando os parezca que os aturde tanto derroche de riqueza que supera cuanto podáis imaginar, id a las minas, de donde ha salido tanto tesoro. Quizás hallaréis galerías abandonadas y agotadas; pero seguid, recorred la Tierra; quedaréis atónitos al contemplar que en el conjunto del mundo toda aquella explotación universal y milenaria apenas significa un ligero arañazo en la corteza terrestre. Sus tesoros parecen intactos todavía... y se extraen más de 600 toneladas anuales!

¿Qué reservas tan enormes, qué abundancia de riqueza, de lujo y esplendor!

Si esto es en el lujo, ¿qué será en lo necesario?

Mirad las minas de hierro. ¡Qué yacimientos tan enormes! Provincias enteras, territorios inmensos asentados sobre cientos de hierro. Contad, calculad si podéis el consumo de tan preciado metal. Barras, vigas, alambres, cadenas, calderas, planchas, máquinas, herramientas, barcos, cañones, espadas... ¿quién puede calcular la fabulosa cantidad que se consume cada año?

Sin embargo, sigue la explotación minera sin que parezca notarse el consumo. Los almacenes de la Tierra son inagotables. Sólo en España se extraen más de 10.000.000 de toneladas al año.

Pero paremos un poco la atención y veamos la variedad asombrosa de metales con propiedades tan diversas que se adaptan a los usos mil de la industria y del arte para comodidad del hombre.

El cobre, denso y maleable, tan dócil al trabajo y de tan numerosas aplicaciones, desde los bronceos sagrados de las campanas que llaman a los fieles, desde las estatuas y objetos de arte, hasta las industrias eléctricas que cubren con sus redes la tierra.

El aluminio, ligero y resistente, de infinitas aplicaciones, que consumen más de 50.000 toneladas anuales.

El níquel, plomo, estaño, zinc, mercurio, cobalto, cromo, tungsteno, vanadio, sodio, potasio, platino...

¡Qué abundancia, qué variedad, qué hermosura! ¡Cuántas comodidades nos proporcionan!

¿Y el carbón con las cuencas que ocupan reinos enteros y cuya producción anual pasa de 1.000 millones de toneladas?

¿Y el petróleo, cuyos pozos arrojan al año 200 millones de toneladas?

Confunde la imaginación esta acumulación fabulosa de materiales tan ricos y variados.

Pero no es eso todo. Demos un vistazo a los materiales de construcción que el hombre utiliza para su vivienda, sus templos, sus caminos, etc.

Los mármoles purísimos que han servido para esas maravillosas estatuas en que se ha inmortalizado al genio; y los bellísimos monumentos que admiramos con embeleso. Los basaltos, pórfidos, jaspes, granitos y mil y mil variedades de piedras ricas y sólidas que el hombre ha utilizado desde su aparición en la Tierra.

Son montañas, cadenas de montañas, parecen formar el esqueleto de la Tierra.

Bosques inmensos que cubren millares de kilómetros cuadrados, árboles en número infinito que proporcionan fruto rico, combustible abundante, madera para nuestras casas, muebles, instrumentos, carruajes...

¡Qué riqueza!! Bien patente está el poder de Dios, su sabiduría, su tutela paternal!

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Son muchos los suscriptores que nos han escrito diciendo que no han recibido el segundo número de enero.

Con estas líneas les contestamos y lo notificamos a todos.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que, atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobrepago; son los siguientes:

D.^a Loreto Araya, Arbeiza; Madres Oblatas de Tenerife; D.^a Victoriana Adrados, Burgos; D.^a Asunción Baquero, Belchite; D. Elías Leóz, San Martín de Unx; D.^a M.^a Jesús Galé, Santa Eulalia de Gállego; D.^a Carolina Revilla, Burgos; Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, Burgos; D.^a Dolores Fernández, Herrerueta; D.^a Trinidad Laguía, Checa; doña Francisca Ayllón, Soria; D. Cipriano Calvo, Ferrerueta del Huerva; doña María González, Bárboles; Superiora del Hospital Militar, Sevilla; doña Tomasa Esual, S. Sebastián; doña Pascuala Echeverría, Burguete; doña Carmen Campoamor, Coruña; Sor Fernández de la Cruz, Huesca.

La Administración